

Ignoraba que en las altas esferas del Poder Ejecutivo se había acordado poner fin a la Soberanía Popular.

Apenas hube entrado al recinto del Legislativo, cuando tropecé con el exministro «Guardasellos», licenciado Rodolfo Reyes, que, pálido por la cólera, nos decía que observáramos el público de tribunas y galerías, compuesto, en su totalidad, de policías disfrazados.

Cuando todos los diputados se dieron cuenta de que el público era muy especial y que las personas que habían recibido boletos para entrar eran detenidas fuera, comenzaron a telefonar a la Cámara de Senadores unos, al ministro de Relaciones otros, al de Gobernación aquellos, para ver si impedían el atropello.

Para cerciorarme de la verdad de lo aseverado por el licenciado Reyes, subí a las tribunas y, en efecto, en su totalidad las llenaban hombres de mala catadura, que con estoica calma esperaban desde muy temprano la memorable sesión. Acabé de confirmar el hecho con la presencia del mayor Quiroz, oficial de confianza del general Victoriano Huerta, jefe hacía poco de los guardias de la Presidencia, y actualmente jefe de la gendarmería de a pie.

Estaba, pues, todo preparado para cogernos como ratas.

La presencia de Garza Aldape, ministro de Gobernación, y las excusas de la Cámara de Senadores y del ministro de Relaciones, nos violentaron a abrir la sesión.

Muchos diputados pidieron que se pasara lista para ver si había *quórum* en el salón «Verde», y ya comenzaba el agudo Palavicini: «Acereto Albino, Acevedo...», cuando chilló arrasadora la voz de Aquiles Elorduy: «Señor presidente: nuestros puestos están allí en aquel salón, y allá debemos pasar lista y no aquí, pues se creería que nos escondemos como ratas; yo no paso lista aquí, y pido a mis compañeros vayan conmigo a ocupar nuestras curules».

Vióse el presidente obligado a ir con todos al salón, y fue-se murmurando: «Si hay diez o quince muertos, ellos tendrán la culpa».

Se pasa lista en el salón principal, y el secretario Palavi-

cini asegura que hay *quórum* de ciento cincuenta representantes.

Acto continuo el presidente, José M. de la Garza, abre la sesión y anuncia al señor Garza Aldape, que a nombre del Ejecutivo solicita la palabra. Garza Aldape, desde la tribuna con voz pausada y grave, anuncia y amenaza: «Señores diputados: plenamente autorizado por el señor Presidente de la República, vengo a manifestaros su extrañeza por vuestra nota de ayer; el Ejecutivo no puede ni debe poner al servicio de comisión alguna los elementos que se le piden para hacer la averiguación (del caso Domínguez), y no comprende que se le amenace con trasladar las Cámaras a otra parte, como no sean los campamentos rebeldes. Pide, por tanto, a esta Cámara, que reconsidere el asunto y retire la nota».

«No me alejaré de este salón hasta no conocer el resultado. Advertidos de que seréis los únicos responsables de lo que pudiera suceder».

Algunos siseos se escucharon entre los diputados, pues las galerías conservaron su disciplina policíaca.

El presidente de la Cámara, con voz clara, dice: «La letra tomada por los taquígrafos, pasa, como es, a las comisiones unidas de Puntos Constitucionales para sus efectos. Se levanta la sesión».

Lo que produce verdadera satisfacción, pues la Cámara, sin duda, quería sostener su acuerdo.

Las puertas de la Cámara permanecían cerradas y se avisó a los diputados que estaban detenidos de orden del Ejecutivo.

Los corrillos que se formaron fueron muchos y la mayor parte de los diputados se aglomeró en los balcones de la calle del Factor, en donde la muchedumbre asomaba su ojo indagador.

Cuando esa muchedumbre se enteró de la aprehensión de los diputados, prorrumpió en «vivas» a ellos y en aplausos, por lo que el jefe militar que mandaba los diversos grupos de tropa que de antemano estaba prevenida en las calles cercanas al Congreso, ordenó que el 29 regimiento formara en línea de tiradores, dando la espalda al edificio de la Cámara, e

hiciera retroceder a la multitud entusiasta. Al mismo tiempo un cordón de soldados de caballería penetraba por el Norte a la calle del Factor a reforzar a los infantes.

Entretanto, la policía, que ocupaba las tribunas y galería, descendía de su trono y ocupaba los pasillos de la Cámara, embotellando a los diputados en los salones adonde habían ido, unos a procurar comunicarse por teléfono con sus familias, y otros a escribir o comentar el caso.

En la trampa cayó un estimable cónsul extranjero, creo que fue el de la Argentina; algunos reporteros y hasta una señora extranjera, que, al igual del cónsul, jamás habían faltado a nuestras reuniones.

Yo estaba detenido en el salón «Verde» cuando oí decir que los diputados católicos serían puestos desde luego en libertad, y aproveché la presencia de uno de ellos, el señor De la Mora, para hacerle algunos encargos a guisa de testamento, ya que ignoraba la suerte que me tocaría.

Debo advertir que la jovialidad y buen humor de la mayoría de los diputados fue la nota saliente.

De súbito, y como en «La Marcha de Cádiz», apareció en dicho salón un individuo vestido de negro, con la gorra puesta, andando para atrás y moviendo los brazos como los mueven los directores de orquesta; seguía a este distinguido cómico un cordón de nuestros custodios bajados de lo alto. «De frente, aarrcheenn»...; «izquierdaaaa»...; «tú a éste; tú a éste»...; etc. Y en un santiamén dejó junto a cada representante un policía de las comisiones de seguridad.

«Aaarrriiiiiibbbbaaaa», y alzó los brazos hasta querer tocar con los dedos el plafón de la sala.

Los polizontes tomaron gallardamente de los brazos a los que sentados había y los pusieron de pie.

«Fueeraaa», y cada quien con su cada cual fueron desfilando por parejas, en dirección del pórtico de la Cámara.

Los pocos que quedamos en el salón comprendimos que habían sacado a nuestros compañeros a la calle, porque de allá nos llegó un torrente de «vivas» y de aplausos, y luego el tropel de la caballería que desalojaba a los curiosos, hasta una cuadra de distancia por todos los rumbos.

Luego la misma pantomima del de «La Marcha de Cádiz», que respetuoso se acercó al licenciado Rodolfo Reyes, y dándole sus excusas, lo condujo en nuestra compañía a la presencia de don Pancho Chávez, que en el pórtico pasaba lista de diputados y disponía fueran llevados fuera y entregados a un pelotón del 29 regimiento, que en dos alas esperaba a sus prisioneros.

Como la lista fue larga, los que llegaron primero tuvieron que estar entre filas a pie firme cerca de dos horas.

Cuando la lista de los «descalificados» estuvo completa, comenzó un desfile de lo más curioso: charritos, rotitos y otros de aspecto indefinido; uno tras de otro, como pelícanos y en interminable cordón, fueron saliendo los ocupantes de las tribunas que apoyaron con su pintoresca presencia el «Golpe de Estado».

Al terminar el desfile se acercaron dos trenes eléctricos, que ya regresaban de dejar la primera remesa de diputados. Nos hicieron subir a los trenes, colocaron una fila de soldados del 29 en los pasillos de los carros y fuertes guardias en las plataformas.

Los tranvías permanecieron un buen rato frente a la Cámara, el tiempo suficiente para que viéramos marchar libres a los diputados católicos, que nos saludaron con respeto, notándose gran pena en los señores De la Mora y Mújica Leyva; libre también al diputado Trejo y Lerdo de Tejada, que no se atrevió a levantar siquiera la mirada hacia donde estábamos; al diputado Castellot, que salió del brazo de un militar, esquivando también nuestras miradas; al representante de Zinapécuaro, don Felipe Rivera, que nos dirigió un triste saludo; a los diputados y militares Adolfo M. Isasi e Ignacio Muñoz, que dibujaban sonrisa mefistofélica; al respetable licenciado don Ricardo Ramírez, que también revelaba su pesar, y ya de los últimos González Rubio, que esquivó hasta lo increíble nuestras miradas.

Por último, llegaron a nuestro carro don Tranquilino Navarro y Luis Manuel Rojas, que fueron encontrados por la policía: uno, el primero, en la imprenta, donde se ocultó, ol-

vidando esconder las piernas, que lo denunciaron, y otro en la conserjería.

Cabales de todo a todo, nuestros trenes se dirigieron lentamente por las calles de Donceles, Reloj, Cocheras y Lecumberri a la Penitenciaría, escoltados y protegidos en los flancos por un fuerte pelotón de jinetes.

En varios lugares fuimos ovacionados.

Al llegar a la Penitenciaría, los soldados del 29 y los jinetes formaron valla, por la cual pasamos hasta penetrar a este sitio, que no sé cuándo nos vomitará.

Cuando entramos al primer patio de la Penitenciaría, ya la primera «remesa» estaba acomodada en sus celdas; lo spongo, porque no vimos a los que la componían.

La espera en ese patio fue larga, porque un empleado invitaba a uno por uno de nosotros para que fuera a un despacho que hay cerca de la puerta de entrada a dar sus «generales» y después era llevado a otro departamento interior a depositar su dinero y reloj. Al pasar por frente al grupo cada examinado, se le despedía con cariño.

Los comentarios en el primer patio eran diversos: quién suponía que seríamos diezmados; quién que se nos consignaría al servicio de las armas; otro, que permaneceríamos recluidos por meses y meses; algunos, que sólo estaríamos aquí hasta que se verificaran las elecciones, y en esto nos engolfábamos cuando llegaron dos nuevos prisioneros: Borrego y Berlanga, que eran los comisionados para ir a pedir ayuda al Senado. Nos dijeron que el Senado nada había podido obtener de Huerta; que esa Cámara se disolvería mañana y que se adicionaría la convocatoria para elecciones de Presidente y Vicepresidente de la República, llamando al pueblo a elegir diputados y senadores.

Poco a poco el antro fue tragando diputados; llegó mi turno, y no sin tristeza vine a esta celda, cuyo número aún no conozco.

Me sorprendió no encontrarla maloliente, como es costumbre, y pésima, en nuestras provincias.

Como fiera enjaulada recorrí mi celda al oír tras de mí el rudo portazo y el trágico chirriar de la cerradura.

Alguna luz entraba por una alta y pequeña ventana que está frente a la puerta. Esto me permitió enterarme del «ajuar» de mi futura estancia.

A la izquierda, entrando, hay un camastro de hierro, suspendido, por escuadras del mismo metal, a la pared.

Camastro de dos metros de largo por setenta y cinco centímetros de ancho, formado por cinchas de hierro, de poco espesor y cuatro centímetros de anchura, enlazados en forma de reja, con una separación de ocho centímetros de cincha a cincha; un lavabo de lámina de hierro y un común de lo mismo. Tal es mi «mobiliario». ¿Para qué quiero más? No habiendo libertad, lo demás sale sobrando.

Cuando tomé posesión de mi «separo», me sentí muy lejos del mundo; pues había recorrido largas galerías y franqueado enormes puertas que, al cerrarse a mi paso, me hacían dejar lejos, muy lejos, a los míos.

Ya un poco sereno, me acosté en mi suntuoso lecho, que, además de su brutal dureza, me comunicó el frío penetrante de su naturaleza férrea, y el que dejaba pasar a toneladas con el aire que colaba de abajo a arriba a través de la burdísima red de fierros. Dirigí una mirada triste a la ventana para ver si podía cerrar sus maderas, y en la semiobscuridad observé que las hojas de mi ventana eran unos marcos de madera que servían de bastidor a una malla de alambre. «Dejé abierta la gótica ventana».

Agité la cabeza en todos sentidos, como lo hacen las tortugas cuando se asoman fuera de la concha: es que buscaba almohada, y, naturalmente, me contestó el vacío.

Acudí a mi sombrero de «bola», casi nuevo, que por su virgen tiesura me soportaría las primeras noches.

Lo puse de almohada, me le cargué fuerte, cedió un término racional hasta conceder estabilidad a mi calenturienta nuca, y... pensé en dormir, pero imposible: el fantasma de los seres queridos; el vago temor a lo desconocido, que se me venía encima; la dureza de mi lecho, que hacía gemir a mis costillas; el endiablado frío, que me fustigaba como can rabioso por todas partes, y el continuo silbato de los vigilantes, que dan con él una curiosa lata.

Estuve oyendo las horas, dadas por un reloj de sonoras campanas, que debe estar en la fachada de este improvisado «palacio legislativo.»

Varias veces sentí movimientos ligeros en mi cama y me senté a buscar la causa, pero no pude encontrarla; alguna vez creí que serían ratas que saltaban del piso a ella; pero la poca luz que entraba me permitió convencerme de lo contrario.

EL PRIMER DÍA

11 de octubre.

Así pasé la endiablada noche, y cuando los albores matinales comenzaron a bañar mi celda, me regaló el oído un delicioso murmullo de gorriones que despertaban, como despiertan siempre, con el bullicio de muchachos malcriados.

Me levanté y fui a mi «tocador»; pero lo encontré sin agua, lo que no dejó de extrañarme, pues durante la noche estuve oyendo caer a la taza del común continuos y abundantes chorros de agua para lavarla.

Al dirigir la mirada a uno de los rincones de mi celda, vi una especie de escoba de palma, larga como las de popote que hay en mi tierra; al principio creí que era un manojo de palmas que me habían preparado para «tejer» sombreros; pero vi debajo de ella una regular cantidad de basura que me hizo comprender que se trataba de una escoba para barrer mi pieza.

Ya que hubo aclarado la mañana, pude saber bien cómo era mi habitación. Tiene tres metros ochenta y cuatro centímetros de larga, dos metros treinta y cinco de ancha y aproximadamente cuatro metros de alta. El piso es de cemento, lustroso, como de mugre; las paredes, de láminas de acero, de noventa y cinco centímetros de anchas, unidas una con otra con lámina de ocho y medio centímetros de ancho por siete milímetros de espesor, fuertemente claveteado; las láminas del techo al piso son de una pieza; el espesor de los muros ha de ser de treinta y cinco centímetros a juzgar por los dos que pude medir: el de la puerta y el de la ventana. Seguramente que han de estar formadas por dos series de láminas parale-

las y el hueco entre ellas ha de estar lleno de arena, con objeto de que cualquiera perforación que se hiciere sea descubierta luego por la invasión de la arena, en la celda donde tal cosa pasare. El techo está formado por láminas curvas acanaladas, de cuatro metros de cuerda, una de las más grandes que he visto. La puerta tiene ochenta y un centímetros de luz por dos metros diez centímetros de alto; la ventana, un metro cinco centímetros por setenta y cinco centímetros de altura.

Estoy, pues, en una caja de fierro sistema Mosler, como si fuera un tesoro (oculto tal vez).

A las seis comencé a oír que alguno gritaba y a poco rato respondían a sus gritos: eran dos reclusos que conversaban.

Uno gritaba:

—Mano: ¿sentiste cuánto entró anoche?

—Sí.

—¿Cuántos serían?

—Más de ochenta.

Fueron las primeras voces que oí.

A las seis y media se abrió la pequeña ventanita de veintidós centímetros y medio por catorce centímetros y medio que hay en la puerta a un metro veinte centímetros de altura. Un sirviente uniformado me preguntó mi nombre. Media hora después se volvió a abrir la ventanilla, y un ciudadano, con aspecto de recluso—dígoles por su color amarillento y su traje descuidado—me dijo:

—Señor, ¿quiere agua?

Yo no quería, pero le dije que sí con objeto de conocer el agua del «palacio». Me tendió el buen hombre una vasija de hoja de lata como de veintidós centímetros de diámetro y doce de alto, dividida en tres departamentos, de base triangular, casi llena de agua; dí dos o tres tragos y la entregué. Recibida «la cratera», el escanciador cerró con fuerza la ventanilla. A las siete, vuelta a abrir y ofrecimiento de dos piezas de pan francés muy calentito y de buen aspecto. Como la víspera no cené, puesto que no se me esperaba en mi «palacio», comí aquel pan con verdadera delicia, y me pareció, al concluirlo, que había terminado muy pronto.

A las nueve me ofrecieron atole en la misma escudilla (!) del agua; pero estaba tan malo, que no pude tomarlo.

FUERTE EMOCIÓN

A las diez se presentó frente a mi puerta un uniformado y me dijo:

—Señor, aquí le mandan de su casa; pero como por esta ventanilla no cabe la petaca, le voy a dar lo que trae dentro: una botella con leche, otra de café, un paquete con uvas, dos sándwichs de jamón, azúcar, pan de huevo, frutas, servilletas de china y, además, su abrigo.

Cuando cerró la ventanilla el empleado y vi que el primer auxilio exterior que me llegaba era el de mi familia, sentí como si una mano cariñosa me tocara la frente y no pude menos que derramar algunas lágrimas.

Repuesto de mi emoción, tomé algo de lo que el cariñoso hogar me deparaba; me puse el abrigo, que bien lo necesitaba, pues el frío me tenía hecho una desgracia, y me puse a aprender de memoria la Constitución, único libro que tenía, pues ya había pedido a todos los que me habían hablado, que me consiguieran algún libro; pero sin resultado.

A las doce me volvieron a dar dos piezas de pan; pero ya no las encontré tan buenas como las primeras, pues tenía pan, mantequilla y leche.

A las dos abrió la ventanilla un señor de anteojos, con aspecto de administrador o cosa así, y me preguntó si ya me habían dado de comer, a lo que le respondí que dos piezas de pan me habían llevado; pareció incomodarse con una persona que lo acompañaba y me dijo que pronto me mandaría una comida frugal porque no estaban preparados para recibirnos. Me llevaron un plato, un vaso de peltre y una cuchara nuevos, un petate y un sarape, también nuevos, lo que me hace temer que mi estancia en este barrio pueda alargarse más de lo previsto. No me han querido dar papel para escribirle a mi familia, ni he recibido recado a'guno de afuera, ni siquie-

ra el director me contestó mi papel que le mandé, indicios todos que me revelan que estoy incomunicado.

Llega la comida, compuesta de sopa de tallarín, carne asada, mole de carne y frijoles. Tomé algo con poco apetito.

Después llegan con mi colchón y ropa y mis almohadas, de casa. Tal vez mi esposa tiene noticias de que duraré por aquí más de la cuenta.

Arreglo mi cama, que ahora sí lo es; duermo la siesta y me levanto un poco nervioso por la incertidumbre y por la falta de algún libro que me divierta, pues la Constitución era interesante cuando la respetaban; pero ahora, ¡quién sabe si vaya a desaparecer!

Resuelvo escribir estas malísimas Memorias, y con esto paso el tiempo hasta que oscurece.

Me acuesto temprano para ver si el sueño me hace salir de mi celda; duermo algo, pues a las ocho despierto y con trabajo vuelvo a conciliar el sueño a las once. A las diez oigo gritar a uno de mis vecinos, que probablemente es Elorduy:

—Pido la palabra para una moción de orden.

Me pongo al habla.

12 de octubre.

Despierto a la seis, me levanto, voy al lavabo—que ya tiene agua—y espero mi ración de agua y de pan. Como tardan, tomo de mis provisiones lo que más me agrada, y ya cuando me traen el pan estoy despachado. En la petaquita que mandaron de mi casa tengo la fortuna de encontrar dos puros; pero no tengo cerillos.

Aprovecho una de las abiertas de mi ventanilla para encargarle unos cerillos al «pelón» que la abre; me regala dos y me dice que él no puede disponer que me traigan cerillos porque también es reo (!). Anda con Dios: tropecé con un colega. Enciendo un puro y lo saboreo con una gran cantidad de café en leche aguada que acaban de darme.

En esto oigo unos golpes en la pared, a los que respondo. Ya desde ayer intenté ponerme al habla con mis vecinos; pe-

ro no pude porque de un lado me queda el ceremonioso señor Pontón, según me dijo un empleado, y del otro la persona que me tocaba; le grito:

—¿Con quién hablo?

—Con Jáuregui.

—¡Ah! compañero, cuánto gusto; ¿cómo amaneció?

—Sin novedad, ¿y usted?

—Lo mismo, gracias.

—¿Quién es usted?

—Ortiz Rubio, le digo.

Entonces me dice:

—¿Ya leyó el Manifiesto del Presidente?

—No.

—Le voy a prestar un pedazo que tengo.

—Mándemelo a la primera oportunidad.

—Pero me lo devuelve.

—Sí.

—¿Ya sabe cuántos estamos?

—No.

—Voy a gritarle los nombres: tengo una lista.

—Ya escucho.

Y comenzó a gritármelos y yo a contarlos: ¡94 ciudadanos diputados presos!

Por tanto, hay «quórum».

Entre los citados figuran tres de que yo no tenía noticia que estuvieran presos: Chucho Urueta, que estuvo anteayer en la Cámara, pero se salió antes de la sesión; José Silva Herrera, que no fue a la sesión; Galván, a quien yo hablé por teléfono para que avisara a mi casa que estábamos presos. Seguro los aprehendieron en la calle. Hay entre nosotros dos exministros: Rodolfo Reyes y Vera Estañol, y un exsubsecretario: el ingeniero José Reynoso.

Ya Jáuregui me ha preguntado dos veces si no sé si nos sacarán a tomar un poco de sol.

Me parece que no son tan piadosos.

Desde las siete he estado oyendo voces de gente que se baña; también oigo ruido como de regadera y voces de capacitados que parecen dirigir ejercicios gimnásticos. Me ascimo

con algunos trabajos a la ventanilla y veo una especie de «casa redonda» de ferrocarriles, dividida en muchos departamentos que convergen a un centro, en donde hay una torre, de lo alto de la cual un vigilante uniformado toca frecuentemente un silbato.

El que dispone los ejercicios gimnásticos ameniza sus reprensiones con sabrosos «ajos»:

—¡Mueva la cintura, Tall! ¡No, está chueco!

En estos momentos, aprovechando una pregunta que vinieron a hacerme, le mando al director mi enésima súplica para que me preste un libro, aunque sea el catecismo del padre Ripalda.

Son, aproximadamente, las doce. Me acaban de entregar mi reloj, y a mi nueva súplica de que me den un libro, me dicen que no pueden hacerlo por estar sumamente ocupados; que cuando se desocupen lo harán.

Pedí el Manifiesto, y me dijeron que no podían dármelo porque estábamos rigurosamente incomunicados; que antes nos permitían que a gritos nos habláramos; pero que también eso estaba prohibido.

De modo que la tormenta arrecia.

En una petaquita, que mandan de mi casa con alimentos, viene mi número, pues aquí se pierde el nombre.

Soy el 431 para servir a ustedes.

Mi vecino Miguel Hernández Jáuregui me propone que juguemos ajedrez; acepto gustoso y me arreglo el tablero en una bolsa de papel, en la que me trajeron uvas. Los reyes y las reinas son pedacitos de palma; los alfiles, pedazos más delgados; los caballos, fragmentos de un anillo de puro; las torres, cuadraditos de papel, y los peones, bolitas de la misma substancia.

Llevo las blancas y grito:

—Peón del rey, 4 rey.

Jáuregui. —Peón de rey, 4 rey.

Yo. —Caballo rey, 3 torre.

Jáuregui. —Peón reina, 3 reina.

Yo. —Caballo reina, 3 torre.

Jáuregui.—Caballo rey, 3 alfil.

Yo.—Caballo reina, 5 caballo.

Jáuregui.—Caballo rey por peón.

Yo.—Reina, 5 torre.

Yo.—Peón torre, 4 torre.

Jáuregui.—Reina 3, alfil rey.

Yo.—Peón, caballo, reina, 3 caballo.

Jáuregui.—Alfil, reina por caballo.

Yo.—Alfil reina, 2 caballo.

Jáuregui.—Reina por peón. ¡Jaque al rey!

Yo.—Muevo el rey al lugar de la reina.

Jáuregui.—Reina por peón. ¡Mate!

Casi, casi me dió el mate del «pastor». Me disculpo por lo mal hecho de mis piezas. Veremos en lo sucesivo.

Poco después Jáuregui me lee el Manifiesto del general Huerta al pueblo, en que le da cuenta de la disolución de las Cámaras, y las declaraciones de Moheno. Estos papeles llegaron de casualidad a manos de Jáuregui, porque sirvieron de envoltura a sus alimentos.

Deducimos de los papeles citados que nuestra permanencia aquí será hasta después del 20 de noviembre, fecha señalada para la reunión del nuevo Congreso. ¡Paciencia, y ajedrez!

LAS INSCRIPCIONES DE MI BARTOLINA

Cerca de mi cama hay unos santos, de esos de seis por centavo, pegados, tal vez con atole, en la pared. Es el más notable «La sombra del señor San Pedro»; está el santo varón con media mitra, pues la otra mitad se la arrancaron, mostrando dos llaves a una especie de zuavo arrodillado y con las manos juntas y elevadas, como si lo hubieran sorprendido en el momento de aplaudir.

A la izquierda de San Pedro se ve un gallo, y a la derecha y en lontananza, tres árboles: todo atrozmente pintado; en seguida está una virgen de Guadalupe y luego una especie de Niño de Atocha.

Algún reo, mi antecesor, ensayó al pie de las imágenes su escritura original. Trató de copiar con letra de molde la inscripción de la sombra.... puso: LASOMBRA. DEL CEÑOR SAN PEDRO.

Al pie de una imagen de la Virgen: LABRIGEN DEGUADALUPE, y al pie del Niño: EL SANTO N.... (Aquí está roto el papel.)

Este *Ceñor* devoto de la *Brigen* ha de haber sido algún compadre del Tuerto Morales!

En fin, ¡harto hacen algunos de estos pobres que medio escriben, puesto que la enseñanza en México está en razón directa de nuestras libertades!

Más abajo de las imágenes hay el siguiente letrero:

Día 26 Marzo 1913.

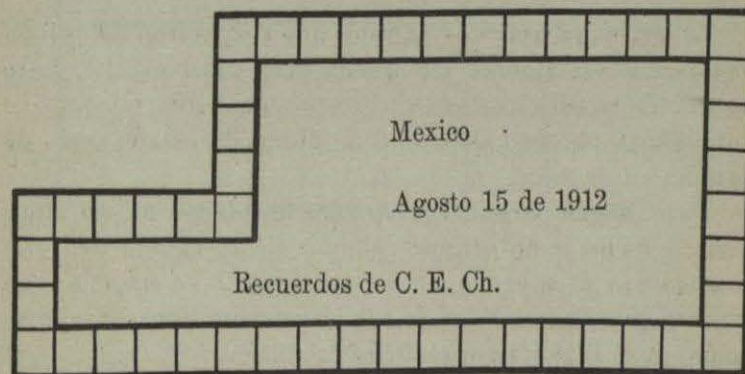
Recuerdos de un preso que *estubo* en esta *selda* el.....

Más abajo: ESTE, SANTOLO DE ES un Recuerdo de C. Ch. el día 4 de Septiembre de 19013.

Estos letreros, y los santos, me quedan frente a la cara, un poco arriba, cuando, acostado en mi cama, los pies hacia la puerta y la cabeza hacia la ventana, tengo vuelta la cara a la pared.

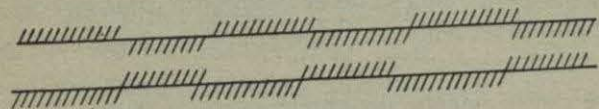
En el tablero siguiente, rumbo a la ventana: RECUERDOS DE CARLOS.

En el tablero siguiente, hacia la puerta:



TERESO BARRIENTOS.

En el siguiente tablero, hacia la puerta, la mar de Recuerdos de Carlos *Chabes* MEXICO, 4 DE SEPTIEMBRE 19013 C. E. Ch.
 Junto a la puerta: S. G. Ch.



Sabado 26 De
 Julio 1913.

En la puerta:

INRI

MEXICO

Juan Hernandez.

Al otro lado de la puerta:

Recuerdos a
 mi amigo adios
 adios

Este cristiano ha de haber tenido, como yo, un Hernández Jáuregui con quien departía, y de allí su despedida; sólo que olvidó que se oye, pero que no se ve de una celda a la otra.

Luego, nada. Hay dos paredes que respetaron estos ilustres escritores. Bueno, me queda otro CHIN escrito, pero trunco. Es posible que sea abreviatura del pobre *Chabes*, que tanto tiempo parece haber sido inquilino de esta especie de furgón.

Pues, según parece, estuvo este dignísimo sujeto aquí, desde la fecha de su primer retablo: 15 de agosto de 1912, hasta 4 de septiembre de 1913 o 19013, como se empeña él en poner, según se ve en uno de sus letreros en que, por equivocación, puso 1913 y se apresuró a tacharlo.

La mala suerte: siempre que hay duda opta uno por lo errado.

Sólo D. TERESO, o era poco dado a escribir sus impresiones, o duró poco en el que hoy es mi «separo».

Juan Hernández fue el más fúnebre, pues juntó el 26 de julio, su cruz y el respectivo INRI. ¿A quién se lo habrán puesto o a quién se lo pondrán?

Las 5 y $\frac{1}{2}$ (por la tarde, como diría Bonilla). En estos momentos termina mi segunda partida de ajedrez, que duró dos horas y fui vencido en ella a las 53 jugadas. Algo adelanto. La posición última fue:

N.

	PEON BL						
REY BL			TORRE N	REY N	PEON N		
		REINA N					

B.

Y con la circunstancia de que el dignísimo representante de Veracruz coronó de reina un peón.

De esta hora en adelante empiezan las meditaciones y las tristezas. ¡Ánimo!

Ya mis compañeros enmudecieron. Hace poco tenían unos gritos y unos cantos que parecía olla de grillos este hermoso edificio.

Gerzayn Ugarte fue sacado un momento del toril mientras le arreglaban el común, pues se tapó éste y, a consecuencia de ello, se inundó el domicilio del tlaxcalteca. Igual cosa me pasó a mí por la mañana. Estos comunes tienen un tubo de descarga muy angosto y cualquier papel los obstruye. Con esto, cuando viene un golpe de agua abundante, hay inundación.

Voy a arreglar mi cama. Ya soy buen camarista. Me acuerdo de los campamentos de ingeniero en las hermosas montañas de mi tierra (Michoacán.)

LA PRIMERA ESPERANZA

13 de octubre.

Son las 9 a. m. (antes de comer, según Bonilla). Ha pasado el «rancho» y, naturalmente, «barriga llena corazón contento». Ya puedo escribir, y por lo mismo, referir mis últimas impresiones.

Anoche, a eso de las siete, los reos cuyas primeras voces oí en esta prisión, volvieron a dar señales de vida.

—Alejandrill, Alejandrill, gritó uno, y cuando Alejandrill le contestó, le estuvo haciendo a gritos el relato de sus aflicciones y de sus conocimientos:

—Manito, ¿qué dice el frío? Yo ya me entieso. Ni una pichita pa taparme, manito. Y muerto de hambre. Nos están matando a cachos. Los de arriba sí tienen cobijas y les meten canastos, y a nosotros, nada. P'al probe un lazo pa que siorque, manito. ¿Cuándo te sacan? A mí me faltan diez meses diez días. Se miace quiaquí dejamos la calavera.

Por algún grito, algo más fuerte que lo ordinario, oí que Alejandrill (!) llamaba a su compañero Mascott. Luego éste siguió:

—Mi superior, mi superior.

Comprendí que yo era su superior y le contesté.

Entonces me manifestó, también a gritos, que ya se congelaba y se moría de hambre.

Le ofrecí mandarle algo de lo que yo tenía y aproveché el paso de uno de nuestros vigilantes, a quien llamé golpeando fuertemente la puerta.

Le pedí que llevara algún alimento de los que yo tenía allí al número 339 (Mascott). El vigilante me contestó que ya no era hora de hacerlo; que lo haría al siguiente día. Lo comuniqué así al número 339.

Después éste siguió hablando con Alejandrill:

—Mano, ya oítes a los diputáos. También está el hijo de Reyes, el que fue ministro de Hacienda. Dicen que por una cosa injusta. Hoy fue día de vesita, pero no hubo por los de arriba.

—En primer período, la *vesita* es cada mes; en segundo, cada quince días, y en tercero, cada ocho.

A juzgar por las afirmaciones del buen Mascott, ellos, los pobres, no tienen ni abrigo ni pan suficiente, ni «canastas» de su casa.

Nosotros, los «superiores», siquiera eso tenemos.

Apaciguados tal vez por el frío Mascott y Alejandrill, pude oír clara y poderosa, por primera vez, la voz de Luis Manuel Rojas, que todos contestaron con entusiasmo. Después, alguien dijo que Moheno había venido a visitar a Ostos, y que hoy nos consignarían a un juez de Distrito.

Me dormí con la esperanza de que muy pronto se decidiría nuestra suerte; y dormí tanto, que me desperté hasta las seis y media por el ruido que hacían los repartidores del pan.

A las siete vino un vigilante con un reo, armado de escoba, a barrer mi celda. ¡Ya lo necesitaba, pues había basura desde la época del «eminente Chávez!»

El muchachón barrendero tenía aire de enfermo como la mayor parte de los reclusos, los pies descalzos, hinchados y amoratados.

Al barrer se llevó con la escoba mi ajedrez; en el acto le dije:

—¡Mi ajedrez!

Y él, azorado, me miró y miró la basura que llevaba frente a la escoba. Me dijo:

—¿Qué?

—Mi ajedrez, ese pequeño papel medio mantecoso que tiene unos cuadritos con tinta y esos migajones y palmitas.

—¡Ah!

Y me ayudó a recoger el ajedrez y a acomodarlo en mi «bufete»: un rincón del cuarto. Después me dijo:

—Señor, me llevo la palma o se la dejo pa que se distraiga.

—¡Déjala, hombre!

Le pregunté que si tenía hambre.

—Sí señor, ¡mucha! El rancho es malo y poco, y no nos dejan meter canastas como a ustedes.

Le dí pan, carne fría y alguna fruta.

—¿Me vendes tu lápiz?—le dije.

—Se lo regalo, señor.

Y me dió un lápiz, que siempre le pagué para que él compre otro, no sea que también lleve su diario como yo. Ayer dí a un pelón cinco centavos para que me comprara un lápiz y unos cerillos, y ni más volví a ver al pelón ni a los cinco centavos. Por lo mismo, no tuve lápiz ni cerillos.

El barrendero me preguntó si no había pulgas como en la celda de él. Afortunadamente aquí no hay ningún bicho. Desde que estoy aquí sólo he tenido el honor de ver una pulga, una mosca, un zancudo y una araña. A esta última la extraño, pues sólo anteayer la vi y ya me hacía ilusiones de presenciar sus labores de tejedora como lo hizo un prisionero ilustre. Pero no ha vuelto; no me consideró espectador digno.

Es de bendecir a Dios que aquí no haya bichos. Si no, ¿qué harían los «probes» sin picha, muriéndose de frío, sin pan y todos picados.

En la cárcel de Morelia hay tal cantidad de bichos, que oí decir a los presos que tenían que regar un cordón de atole alrededor del que quería dormir para que no pasaran los animales a atormentarlo.

Con el lápiz que me obsequió el barrendero me acabo de confeccionar un elegantísimo tablero de ajedrez en una servi-

leta de papel de china de las que tienen un marco de flores. No puede pedirse mayor lujo. Y en cortezas de pan he pintado reyes y reinas, caballos, torres, etc.

El día ha transcurrido monótonamente y sólo ha tenido de interés mi tercer juego de ajedrez. Ya le costé más trabajo a Jáuregui. La partida duró dos horas y media; hubo 142 jugadas y fui muerto después de quedarme con sólo el rey y que éste se hubo movido doce veces, teniendo mi contrario, además del rey, la reina, un caballo y tres peones.

Falta muy poco para que cumplamos setenta y dos horas de rigurosamente incomunicados. Este rigor se entiende con los de fuera, pues de allí sólo el aire nos llega, ¡y por cuarterones! En cuanto al interior, nos podemos comunicar a gritos dos o tres de nosotros.

¡Cómo se acata el artículo 19 de la Constitución!

Artículo 19. Ninguna detención podrá exceder del término de tres días sin que se justifique con un auto motivado de prisión y los demás requisitos que establezca la ley.

¡Morid en buena hora!

14 de octubre.

¡Pésima noche! Estuve fatal del estómago y ni a quién acudir, pues el vigilante a las siete revisa los cerrojos; convencido de que no los abriremos, se aleja para no volver sino al día siguiente.

Cuando ya me sentía más malo, a eso de las diez, oí fuertes golpes en una puerta y una voz, parecida a la de Ugarte, que reclamaba imperiosamente la presencia del vigilante, pues un compañero estaba muy enfermo también. Por supuesto fue en vano toda lucha, y el enfermo, como yo, tuvo que esperar «velis nolis» la salud o la muerte, sin remedio alguno.

Oí también las conversaciones de Mascott, de Alejandrill y compañía, que seguían quejándose del frío y de hambre. El pan que les mandé ayer por la mañana, según Gamboa, no les llegó.

Pude saber por ellos que la guardia de la Penitenciaría había sido reforzada con hombres del 29 regimiento de infan-